
EL ABATE MOLINA Y LOS NUEVOS PODERES DE LA CRÍTICA ILUSTRADA

El Instituto de Estudios Molinianos se ha propuesto, como una de sus tareas, traducir las **Memorias** del Abate Molina del italiano al español en ediciones confiables que pongan al alcance del público ilustrado una parte importante de la obra del jesuita, desconocida hasta ahora ya que sólo dos de las **Memorias** habían sido traducidas años atrás por el académico y latinista, Felipe Alliende (1).

Las ediciones que nos proponemos no tendrán el carácter de críticas, pero sí irán acompañadas de notas que cubrirán el amplio campo referencial que abarcan los textos molinianos. Dichas referencias a la filosofía, la historia, la fábula, la política y la religión nos parecen particularmente importantes porque, amén de revelar el peculiar sentido que tenía la historia natural en la época de Molina, sitúan su pensamiento en el contexto preciso que es necesario despejar y analizar para conseguir la inscripción de sus textos en una concepción del mundo - que para nosotros no puede ser otra que la Ilustración - generalmente eludida, soslayada o lisamente ignorada por la abundante crítica biográfica que ha suscitado el cronista chileno.

Las convenciones críticas establecidas han llevado a un real desconocimiento de los textos molinianos al colocar fundamentalmente el acento en los avatares biográficos, con lo cual la discusión se ha centrado en pormenores irrelevantes que dejan en la mayor oscuridad el **sentido** de los hechos históricos o la **significación** de los textos literarios.

Nos proponemos aquí privilegiar el sentido y la significación de un texto como "La Ballena", lo que quiere decir que debemos recorrer un camino signado de preguntas: ¿Qué sentido tiene en el Siglo XVIII describir a un mamífero? ¿Qué orden se utiliza en la descripción? ¿Cuáles son los modelos descriptivos que se siguen?

(1) Felipe Alliende, en Abate Molina, *Memorias*. Con un estudio preliminar de M. Rojas Mix. Anales de la Universidad de Chile, N° 133 y 134, 1965.

¿Cuál es la idea del conocimiento que subyace en la descripción? ¿Qué significa el intrincado enlace de datos científicos, fabulosos o testimoniales que se entretajan en torno a la ballena? ¿Qué tipo de escritura predomina? ¿A quiénes está dirigido el texto, es decir, qué tipo de lector completa la tríada emisor - mensaje - receptor?.

En la época clásica hacer la historia de un animal, como establece Foucault, consistía en describir sus órganos, las semejanzas que se podrían encontrar, entre el animal descrito y otros vivientes, las virtudes que los caracterizaban, las leyendas e historias que se habían forjado en torno a él, los blasones en los que figuraba, los alimentos que se le podían extraer, los medicamentos que se podían fabricar, las noticias que los antiguos daban sobre él y los testimonios de los viajeros. Es decir, la historia del animal era, al mismo tiempo, una semántica. Esta semántica lo enlazaba de tal modo con el mundo que no era posible hacer distinción entre lo que nosotros vemos, lo que otros han observado y aquello inventado o creído ingenuamente. El naturalista clásico no hacía la distinción primaria entre **observación, documento y fábula**. (2)

Así Aldrovandi en **Monstrorum historia** (Bologna 1647) mezcla en forma indiscriminada, descripciones, citas, fábulas, blasones, etc... sin el menor espíritu crítico. Su descripción de la serpiente en **Historia Serpentum et draconum** es deliciosa al organizarse en torno a los siguientes rubros: equívocos (diferentes sentidos de la palabra serpiente), sinónimos y etimología, diferencias, anatomía, costumbre, temperamento, grito, generación, voz, movimientos, lugares, alimentos, fisonomía, antipatía, simpatía, modos de captura, envenenamientos, remedios, prodigios y presagios, mitología, dioses a la que está consagrada, epílogos, alegorías, misterios, jeroglíficos, emblemas, símbolos, adagios, milagros, enigmas, rasgos heráldicos, simulacros, usos medicinales. Con razón Buffon juzga este enunciado como un párrafo ausente de todo espíritu de observación, en el cual la

(2) Michel Foucault, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México, siglo XXI, 1968, pág. 130.

mirada directa del naturalista ha sido reemplazada por la del compilador de leyendas. Lo que sucede, en verdad, no se refiere a que Aldrovandi fuera un observador inferior a Buffon, sino que para él y los naturalistas clásicos, hacer la historia de un animal era recoger todo lo visto, lo oído, todo lo relatado por los hombres en torno al animal o la planta, ya sea narraciones tradicionales o poéticas. En los términos de Foucault, conocer para la historia natural clásica equivalía a recoger la espesa capa de los signos depositados en cada animal, planta o cosa, lo que al fin significaba que la naturaleza estaba meticulosamente escrita de arriba a abajo; puesto en otros términos, que existía un pacto indivisible entre las palabras y las cosas concretado en la escritura de la semejanza. (3)

En el texto del Abate Molina que nos preocupa, persiste todavía este carácter de la historia natural a través de ciertas estructuras en que lo visto y lo contado se confunden, o bien en la red semántica que enlaza a la ballena con el mundo, pero hay un rasgo que evidencia el cambio que se ha producido en el siglo XVIII en relación a la historia natural: la aparición de la crítica. Ella hace desconfiar al Abate de los autores griegos, "por lo demás amantes de lo maravilloso", cuando discute el tamaño de las ballenas, como asimismo, lo inclina a rechazar los relatos extravagantes de los viajeros modernos, sobre el mismo tópico. Es sin duda, el espíritu de la Ilustración, del Siglo de las Luces, que aquí muestra su presencia; sin embargo, esta conciencia crítica no puede adquirir el valor de una interrogación radical en cuanto se ve imposibilitada todavía de sustraerse a la estructura de la semejanza. Sólo a fines del siglo XVIII hará su aparición la síntesis de lo diverso desplazando las relaciones de identidad y similitud que habían caracterizado desde sus inicios a la historia natural.

La ausencia de radicalidad de la crítica, explicable por la presencia aún vigente de un saber que se postulaba como un comentario sobre los signos depositados en la cosa, es decir, la imposibilidad de distinguir entre el lenguaje y las cosas, distinción que sólo se asumirá a partir del siglo XIX, cuando se conciban los

(3) Foucault, Op. cit. Cap. II "La prosa del mundo" p. 26 y *passim*.

signos lingüísticos como formas de representación, conduce al Abate Molina a pintorescas discusiones sobre algunos aspectos de la ballena, como sus deposiciones, de las cuales afirma que son transformadas, al secarse al sol, en ámbar gris "por los araucanos, pueblo libre de Chile", y que el origen de tales excrementos reside en "un betún subacuático engullido por aquellas bestias". Molina transcribe impertérrito estos datos sin someterlos a discusión, pero anotando al final del párrafo, que "nosotros no entraremos aquí en esta disputa", enunciado que revela la incipiente crítica, presente en este movimiento de distanciamiento del narrador. No hay un compromiso total con los poderes críticos del lenguaje, sino más bien, una desconfianza frente a lo dicho, a las leyendas que rodean al animal.

El paso del saber clásico se evidencia más fuertemente en la transcripción de algunos relatos en los cuales los elementos fabulosos se imponen sobre la observación crítica y el testimonio; tal es el caso de la narración sobre la insólita forma de cazar el cetáceo que practican "los más audaces de los Groenlandeses, (que) armados solamente con un martillo y dos cuñas de madera saltan a horcajadas sobre la ballena y clavándole rápidamente con el martillo una de las cuñas en el orificio izquierdo de la cabeza se zambullen junto con ella, sin despegarse de su lomo dentro del mar, y una vez que ella ha vuelto afuera, lo que hace rápidamente para tomar aire, le clavan la segunda cuña en el otro orificio, por lo que ella, faltándole del todo los medios para respirar, permanece sofocada y fácil presa del audaz cazador".

Sea cual sea la fuente oral o escrita de la cual ha extraído el Abate tan increíble noticia, es visible la falta de conciencia crítica con que ella es acogida, ausencia que nos podría llevar a sostener la ingenuidad o el carácter crédulo de Molina y aún su falta de racionalidad para examinar los datos que se le proporcionaban; pero, en rigor, se trata de la ubicación que asume en la **episteme** de la época la historia natural, ligada aún a la concepción que el saber no es ver, criticar o demostrar, sino **comentar** lo que narran los viajeros, lo que cuentan las fábulas, lo que dicen las tradiciones. A ninguno de estos discursos se les exige que digan la verdad, sino que permitan hablar sobre ellos.

Como afirma Foucault "el lenguaje lleva en sí mismo su principio interior de proliferación" y como escribió Montaigne en sus **Ensayos**: "Hay más que hacer interpretando las interpretaciones que interpretando las cosas; y más libros sobre libros que sobre cualquier otro tema; lo único que hacemos es entreglosarnos".

Esta experiencia del lenguaje es idéntica al conocimiento de los animales y plantas. Describirlos y saber acerca de ellos es destacar sus similitudes - como lo hará el Abate Molina en su **Memoria** sobre la analogía de los tres reinos de la naturaleza, operación que sólo será posible en cuanto estén recubiertos de una espesa capa de signos, blasones, leyendas, testimonios, relatos fabulosos, mitos; que a su vez se ordene en un juego de semejanzas inacabables.

Juzgar al Abate Molina a la luz del conocimiento moderno puede llevar a la falacia de calificarlo de crédulo y pintoresco. Lo justo y conveniente es colocarlo en el punto del desarrollo del saber a que pertenece, que no es otro que el momento en que la historia natural clásica comienza a ser desalojada por los nuevos poderes de la observación crítica que trae la naciente Ilustración.

Esta afirmación implica reconocer lo que para los siglos XVII y XVIII constituye el objeto de la historia natural. Son las superficies, las líneas, los volúmenes, los elementos que confirman dicho objeto. El funcionamiento interno o los tejidos invisibles no atraen la curiosidad del observador, la anatomía ha perdido la importancia que tuvo en el siglo XV. No se trata, como escribe Foucault, que la curiosidad haya disminuido, ni que el saber haya retrocedido, sino que la disposición fundamental de lo visible y lo enunciable ya no pasa por el espesor del cuerpo.

La categorización explica porqué Molina privilegia la longitud, el volumen de la ballena, en rigor, **lo visible** del animal y sobre su estructura interna diga solamente que ella es similar a aquélla de los cuadrúpedos terrestres, añadiendo, enseguida, algunos rápidos datos sobre su osamente, vísceras y humores.

Si el diseño del saber desplegado en la **Memoria** sobre la ballena se inscribe en el marco que hemos tratado de componer, la figura se completa en cuanto visualizamos la situación enunciativa que la define.

La **Memoria** es un discurso dirigido a un auditorio específico, los componentes del Instituto bolonense. Se trata de un conjunto de receptores cultos que se reúnen para escuchar a uno de los suyos movidos por ese espíritu "curioso", esa disposición de saberlo todo que anima los comienzos de la Ilustración: pero se trata también de una academia de orígenes clásicos donde no es aceptable la radicalidad de las posiciones, ni la negación de los saberes tradicionales. Es muy difícil que allí se pronunciaran los discursos rupturistas, lo que explica también la moderación de la crítica de Molina.

Por ello es significativa la exaltación de la libertad política que efectúa el Abate cuando se refiere a los balleneros norteamericanos, ya que dicha afirmación entusiasta debe nacer no sólo de una posición personal de quien enuncia el discurso, sino también de la convicción de que ella es compartida por sus oyentes, lo que pone en escena el carácter complejo de los receptores de las **Memorias**: sujetos tradicionalistas que no se niegan a la curiosidad ilustrada ni a los cambios políticos libertarios que sacuden su mundo: "No he podido averiguar de sus masivos progresos (se refiere a los norteamericanos) los cuales, sin duda, después de la adquisición de la libertad deben haber sido más que triplicados".

Prof. Mario Rodríguez Fernández

NOTA DEL TRADUCTOR

La presente **Memoria**, uno de los trabajos leídos por Molina en las reuniones del Instituto Pontificio de Bolonia, versa sobre las ballenas. ¿Qué sentido tiene ofrecer hoy su traducción? ¿Cuál es su interés? Ciertamente, no aquello que sobre las ballenas expone, pues conocemos mucho más de ellas ahora que en la época de Molina. No es el texto en su inmediatez, entonces, lo que básicamente puede interesarnos, sino más bien el contexto en el cual se gesta, como expresión de una época.

Veamos: de partida, se trata de una obra expuesta frente a un grupo de individuos interesados en la ciencia - algunos más versados, otros menos; seguramente no faltarían los **curiosi** -, evento al estilo de los que la Ilustración ha impuesto en diversas naciones de Europa, en las cuales han ido abriéndose diversas Academias, concebidas originalmente como lugares de encuentro distintos de las Universidades, en las cuales, en una época de cambios, la ciencia oficial era reacia a la innovación. En verdad, este tipo de reuniones ya no era algo nuevo en el momento del cambio de siglo y comienzos del XIX. Bolonia, Estado Pontificio, era, además, urbe privilegiada para la vida intelectual, en donde el arte y la ciencia tenían singular empuje; Malpighi, Galvani, entre otros, habían realizado allí sus trabajos. Por otra parte, como jesuita, Molina no podía estar ajeno a las novedades que la ciencia iba ofreciendo a los interesados. Novedades que mostraban un mundo nuevo, noticias no del todo precisas, erróneas algunas veces, trabadas con prejuicios muchas de ellas, pero novedades al fin, artículo precioso para un mundo inquieto que había comenzado a disfrutar de ellas.

Algunas frases de Molina nos remiten a ese ámbito cultural; cuando habla de "vivos tanto visibles como invisibles, es decir, que se presentan o se sustraen a nuestra vista" (43) - lo que hoy puede parecernos una redacción ingenua-, podría estar aludiendo al universo que se había hecho patente gracias al microscopio, invención entonces no tan lejana si consideramos el **tempo** de la época, con una frecuencia de aparición de inventos muchos menor que la contemporánea. Su referencia, de paso, al mamut, es

mención de una incógnita fresca y, a la sazón, todavía sorprendente. De modo semejante, el tema de la **Memoria** que nos ocupa, las ballenas, representa también un intento de indagación y síntesis en un campo aún poco claro; paulatinamente se volvía "científico" el relato hasta entonces fabuloso. La zoología fantástica coexistía con la descripción objetiva. Y ambos aspectos se entremezclan, a ratos, en la exposición de Molina.

Al respecto, podemos encontrar dos dimensiones en nuestro autor: por un lado, desea rechazar la exageración del relato fabuloso, que atribuye a la vanidad de quienes buscan conseguir la atención del público narrando "cosas sorprendentes" (47); por otro, cae en la fábula (al dotar, por ejemplo, de "aguijón" a la orca (65 - 66) y en lo altamente dudoso (como lo es el relato de cierto estilo de captura de ballenas (67 - 68)). Y es que ambos matices tienen, al fin y al cabo, la ciencia de su tiempo. Y nótese que Molina hace referencia a diversos naturalistas de la época, cuyas obras evidencian conocer.

Por otra parte, enlazado con el espíritu ilustrado, marcha su consecuencia política. O tal vez es que de la crítica política que los filósofos de la Ilustración han hecho, la ciencia en renovación ha sacado beneficios, al debilitarse lo establecido. Como sea, hay matices políticos - que podríamos llamar "progresistas" en este texto de Molina. En el orden nuevo cuyo surgimiento presencia, ve el impulso ("el enérgico estímulo de la renaciente libertad" (72)) al progreso de los pueblos. Molina vive el tiempo de la Revolución francesa - en 1796, el ingreso de Bonaparte en Italia será acogido en Bolonia con regocijo; vivirá también el del Imperio. Elogia el empuje de los Estados Unidos. Sabrá de la Independencia de Chile. Cree, según parece, en la Luces. Y admira el oficio de los balleneros yanquis que se internan en los Mares del Sur. Es el momento de la euforia; pero en el mundo humano toda luz tiene su oscuridad: años después de la muerte de Molina, Claudio Gay escribiría sobre la merma de las ballenas en las costas de Chile, producto de la captura a discreción que efectuaban balleneros extranjeros...

Chile, ese Chile añorado en Bolonia, no está ausente del relato: remembranzas, como su navegación al destierro entre

ballenas amistosas (63); la referencia a la abundancia de la naturaleza en estas latitudes: La Pérouse rodeado de gran cantidad de ballenas frente a Concepción (62), el lago de Bucalemu, pleno de peces, en cuya desembocadura las ballenas se encontraban de a centenares (id.), todo ello está presente; y un detalle: los campesinos que utilizan vértebras de ballena a guisa de taburetes, las han "limpiado bien" (54) ("**dopo averle ripulire**"; usa **ripulire** donde podría haber usado **pulire**); no son trogloditas sentados en huesos, entonces; recuerda este pasaje la descripción que hace del natural aseo de los araucanos en la "Historia Civil"... Y en toda esa nostalgia alentaba, sin duda, la esperanza de que surgiera un Chile tan próspero como aquellas otras potencias nacientes.

La traducción se hizo sobre el texto de la edición original de Bolonia, "**Memorie di storia naturale, lette in Bologna nelle adunanze dell' Istituto Pontificio**", Bologna, 1821 - 1822. Tomo II, pp. 43 - 76.

Se buscó ser fiel al uso que Molina hace de oraciones largas con varias frases intercaladas. En ocasiones, y en beneficio de la claridad del texto, se agregaron palabras, frases o conjunciones, las que van entre paréntesis de corchetes.

En los márgenes laterales se agregó la numeración correspondiente a las páginas del texto original.

En las notas a pie de página, y en lo que a las ballenas se refiere, se anotó aquello que se juzgó necesario para evitar transmitir errores al lector no versado en el tema, y esto, en los pasajes que se estimó imprescindible. No tienen como objetivo constituir un texto paralelo ni contradecir al autor - aunque así resulte en algunos casos-; de cualquier modo son útiles, aún de modo mínimo, para contrastar el estado de los conocimientos sobre el tema en la época en que Molina escribe la **Memoria**. Las fuentes a las que acude el Abate, que podrían rastrearse buscando los autores que menciona, no han sido contrastadas (salvo en el caso de algunos principales: Linneo, Buffon): ello representaría un trabajo que excedería en mucho el afán de una traducción y notas. Hacia el fin del escrito (72 ss.), se hace patente que Molina tiene a mano informes detallados - aunque algo atrasados, según el mismo

lo indica- de la actividad ballenera en lo que luego serían los Estados de la Unión, y de su significado comercial. Por otra parte, de algunos autores (Duclos, La Chalotais (62)) no se encontró noticias. Al respecto, se podrá observar que fue respetada la grafía de Molina para los apellidos de los autores que cita, poniéndose en las notas aquella con que son registrados en la actualidad en diversos textos.

Patricio Oyaneder Jara.

MEMORIA DE HISTORIA NATURAL – MEMORIA VIII

LAS BALLENAS

Habiendo tenido a menudo la ocasión de observar las ballenas en los mares del sur, en donde abundan tanto como en aquellos del norte, y de informarme por personas inteligentes de la industria que utilizan los barcos pescadores de los Estados Unidos de Norteamérica para capturarlas (1) en medio de los procelosos mares, que se extienden más allá del trópico de Capricornio, he pensado que no os resultaría aburrido el informe que intento presentaros en torno a la estructura externa e interna de estos grandes animales, su carácter, la manera de sorprenderlos y la utilidad que logran aquellos que, a despecho de lo más manifiestos peligros, osan enfrentarlos en sus temibles moradas.

Si la superficie seca del globo terrestre está repleta por doquier de vivientes tanto visibles como invisibles, es decir, que se presentan o se sustraen a nuestra vista, la extensión tanto más grande del mar sobreabunda más aún [de vivientes]: es más, en su seno se encuentran los animales más grandes que la Omnipotencia Divina se ha complacido en crear en este mundo. Ni los elefantes, ni los rinocerontes, ni los mamuts, si es que existe todavía su raza (2), ni otro animal terrestre alguno del que tengamos noticia, pueden compararse en volumen con los más pequeños individuos del género de las ballenas, de los cachalotes o fisitéridos, y de otros

43

44

(1) Molina utilizará indistintamente expresiones derivadas de "pescar" y "cazar" para referirse a la captura (y a los captores) de ballenas.

(2) En los primeros decenios del siglo XVIII, oficiales suecos del derrotado ejército de Carlos XII comenzaron a regresar de su confinamiento siberiano. impuesto por sus vencedores rusos. Estos, sin embargo, les permitieron desplazarse por la región durante su condena, y de este modo conocieron novedades varias- las que a su regreso narraron-, entre ellas, restos (principalmente colmillos) del Mammotowakost. En 1724, el naturalista alemán Messerschmidt - contratado por Pedro el Grande- pudo estudiar un mamut encontrado, como otros muchos, entre hielos que lo conservaban por milenios. Sólo en el siglo XIX se estableció que era un animal extinto (vid. Wendt, Herbert, *Tras las huellas de Adán*, Noguer, Barcelona, 1960, pp. 55 - 61; id., *El descubrimiento de los animales*, Planeta, Barcelona, 1982, pp. 34 - 37).

muchos desmesurados habitantes del océano.

Los antiguos llamaron, en general, a todos estos colosos acuáticos, con el nombre **cete**, que en griego significa grandes animales marinos (3); pero no atendiendo más que a su textura oblonga y al elemento que frecuentan, los colocaron en la clase de los peces, y por tales son hasta ahora reputados por las personas no instruidas en la Historia Natural. El célebre Linneo, habiendo entre los primeros observado, con su habitual perspicacia, que estos extraordinarios vivientes respiraban por los pulmones [y] no al modo de los peces por las branquias, los separó totalmente, y poniéndolos en el último orden de la clase de los mamíferos o lactantes (4), a la cual realmente pertenecen por todos sus atributos esenciales, los dividió en cuatro géneros, esto es, en

(3) Cetáceo, del latín *Cetus* y éste del griego *Kĩtos*, expresión que designa, efectivamente, a grandes animales marinos, según su uso ya en diversos autores de la Antigüedad. No precisaba un género de animales, sino que aludía al tamaño o al carácter sorprendente ("monstruos marinos") de las bestias en cuestión. Su origen, en la lengua griega, es desconocido (vid. Sebastián, Florencio, *Diccionario Griego - Español*, Sopena, Barcelona, 1972; Lidell, Henry George, Scott, Robert, et al, *Greek-English Lexicon*, Oxford, at the Clarendon Press, London, reprinted (ninth edition) 1958; Chantraine, Pierre, *Dictionnaire etymologique de la langue grecque*, Editions Klincksieck, 2 vols., Paris, 1983).

(4) Antes que Linneo (1707 - 1778), ya John Ray (1628 - 1704) había afirmado (1693) que las ballenas eran mamíferos y no peces (vid. Wendt, *El descubrimiento.... op. cit.*, p. 108).

Molina adopta el sistema de clasificación de Linneo en sus trabajos descriptivos porque "veo que en el día es el más generalmente seguido" (Molina, Juan Ignacio, *Historia natural y civil de Chile* (selección, prólogo y notas de Walter Hanisch, S. J.), Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1978, p.4).

El *Systema Naturae* de Linneo (con colaboración de Pedro Artedi en zoología) tuvo éxito por su relativa simplicidad: frente a la frondosa nomenclatura de los sistemas anteriores, instauró un sistema binario: género - especie (además de clase - orden); todo ente tendría dos nombres (en principio, pues el mismo Linneo usó, a veces, tres). Redujo el número de géneros y despreció ciertas variedades, con lo cual su ordenamiento fue, además, breve. El sistema se basaba en la agrupación de seres de acuerdo a ciertas señales observables compartidas, presentes de modo fijo en todo lo existente - pensaba- desde la Creación (vid. Guyénot, Emile, *Las ciencias de la vida en los siglos XVII y XVIII*, Uteha, México, 1956, pp. 92 - 94; Wendt, *Tras las huellas...., op. cit.*, pp. 61 - 76).

ballenas, cachalotes o fisitéridos, naruales o monocerontes, y en delfines (5).

Por ahora, mi intención es la de tratar solamente de las ballenas propiamente dichas, las cuales se distinguen de los otros cetáceos por tener en vez de dientes, láminas óseas en la mandíbula superior, y nada cortante en la inferior. Los marinos enumeran muchas especies de este género, pero por los naturalistas no se reconocen hasta el presente más que ocho bien determinadas. Estas son la ballena franca o misticeto; el nord-caper o ballena glaciar; el gibbar o ballena fisalo, la joroba o ballena jorobada; el tapón o ballena nudosa; la yubarta o ballena boops; el rorcual o ballena músculo, y la espilonada (picuda) o ballena con pico (6), descritas todas por Linneo o por Bannaterre

(5) Esa es, efectivamente, la clasificación de Linneo (vid. *Systema Naturae* (A photographic facsimile of the first volume of the tenth edition (1758), London, 1956, pp. 75 - 77). Una clasificación moderna distingue, dentro del orden de los cetáceos, tres subórdenes: uno fósil, el de los Arqueocetos, y dos vivientes: Odontocetos, cetáceos con dientes, y Mysticetos (o Mistacocetos), cetáceos con "ballenas" (con barbas). De los cuatro grupos aludidos por Molina, tres deberían ser inscritos hoy como Odontocetos: cachalotes (PHYSITERIDAE), naruales (MONODONTIDAE), delfines (DELPHINIDAE); y el otro en los Mysticetos: las ballenas verdaderas (BALAENIDAE). (Seguimos aquí a F. C. Fraser y a R. Kellogg, de acuerdo al art. "Whale" de la *Encyclopedia Británica*, 15th. edition, Chicago, 1978, vol. 19, pp. 805 - 810. Respecto del tema, son útiles también el artículo correspondiente de la *Enciclopedia Espasa - Calpe*, y las obras *Historia Natural*, Cabrera, A., y Yepes, J., Cía. Argentina de Editores, Buenos Aires, 1940; *Sea Guide to Whales of the World*, Watson, L., Hutchinson, London, 1981; *Dolphins, Whales and Porpoises*, Macmillan, New York, 1977, las que se han tenido presente para la elaboración de las notas pertinentes. Además, agradezco al profesor Hugo Moyano, del Departamento de Zoología de la Universidad de Concepción, por la colaboración brindada en relación con ciertos aspectos de la morfología, fisiología y costumbres de las ballenas).

(6) Las denominaciones que da Molina como correspondientes a especies diversas no lo son en todos los casos; así, las ocho que menciona se reducen a cinco: a) b) ballena franca, es la BALAENA GLACIALIS; c) fisalo, BALAENOPTERA PHYSALUS, ballena de aleta; d), e), f) ballena jorobada, MEGAPTERA NODOSA, o yubarta; g) rorcual, BALAENOPTERA MUSCULUS, ballena azul; todas las nombradas del suborden Mysticetos; h) ballena picuda, de las HYPEROODONTIDAE, sub-orden Odontocetos.

(7). Las diferencias específicas de todas estas especies consisten especialmente en la forma de su dorso, el cual está provisto de protuberancias o de almohadillas o bien del todo desnudo, como lo son aquellos de la nord - caper y de la ballena franca, llamada también grán ballena de Groenlandia.

46

Esta última, que nos servirá de patrón en nuestro razonamiento, se encuentra en todos los vastos mares que circundan el globo terrestre, y por ser la más grande y la más mantecosa de todas las otras especies, es mayormente puesta en la mira por los pescadores inteligentes. Los autores griegos, por lo demás amantes de lo maravilloso, nos hablan de ballenas vistas en los mares de la India de novecientos sesenta pies de largo, y Nearco, almirante de Alejandro el Grande, estimado como uno de los más veraces entre aquellos autores, nos asegura haber observado una ballena encallada en la desembocadura del Éufrates de ciento cincuenta codos cúbitos de largo, o sea doscientos veinticinco pies (8). Plinio, citando en confirmación de esta afirmación los relatos transmitidos por el rey Iuba a Cayo César,

(7) Joseph Bannaterre (1752 - 1804), sacerdote y naturalista francés: autor, entre otras obras, de un *Tableau encyclopédique et méthodique des trois Regnes de la Nature*. (Para datos similares, en ésta y otras notas de esta índole, se utilizaron las dos enciclopedias ya mencionadas, y la *Enciclopedia Italiana*, Roma, 1929 ss., el *Larousse du XXe. Siecle*, Paris, 1933; el *Grand Larousse*, Paris 1964; el *Dictionary of Biography*, edited by Benjamin Vincent, London 1877; y la *Historia Universal de las Exploraciones*, III, Charliat, Pierre-Jacques, Espasa - Calpe, Madrid, 1968).

(8) Molina, parece estar usando medidas españolas: el codo común o geométrico, de 0,4180 mts., y el pie de Castilla, de 0,2786 mts., ya que con estas magnitudes se produce la coincidencia en las cifras por él indicadas: 150 codos dan 62,7 mts., y 225 pies de Castilla 62,6 mts. La magnitud del pie variaba de un país a otro (Francia, 0,3250 mts.; Gran Bretaña 0,3048 mts.) e incluso de una región a otra, sobre todo en naciones todavía no unificadas como Alemania e Italia. Algo similar ocurre con el codo: lo hay real (o del Rey, o perfecto), de 42 cms.; mayor, de 32 pulgadas; mediano, de 24 pulgadas, etc. En el último decenio del siglo XVIII, las nuevas Instituciones francesas discuten la norma por adoptar en el sistema métrico (cuya concepción es anterior a la Revolución). A partir de 1875, el sistema métrico se adoptó como obligatorio en Francia, España e Italia.

La ballena de Nearco, mediría, entonces, casi 63 mts. Para las mencionadas más arriba en el texto, la cifra fabulosa es de 267 mts.

recuerda los cetáceos flotando cerca de la desembocadura de los ríos de Arabia, que tenían seiscientos pies de largo y trescientos sesenta y cinco de circunsferencia. (9). No faltan los viajeros modernos, los cuales pretenden justificar relatos extravagantes similares, aseverándonos seriamente haber encontrado en los mares de la China ballenas de más de novecientos pies (10) de extensión. Entre los navegantes de los mares del Norte es famoso el cetáceo llamado Kraken, o pez montaña, el cual, por lo que se dice, se prolonga más de una milla (11) sobre la superficie del mar. Cualquiera ve que la vanidad, tan común en los hombres, y el deseo que de ésta se deriva de divertir a sus auditores con cosas sorprendentes, que pretenden haber observado en sus viajes, han sido el origen de estas ridículas exageraciones.

47

Las ballenas más grandes que han sido pescadas desde hace cuatro siglos a la fecha no han sobrepasado los ciento treinta pies de largo (12), aún cuando parece que de esta mole ya no se encuentran en el presente, bien porque ellas han sido destruidas por el gran número de pescadores de nuestro tiempo, los cuales en vista de la mayor ganancia persiguen especialmente a las más grandes, o porque las más viejas, con motivo de esta persecución o de la inercia peculiar de su edad, se han retirado hacia los Polos. Es cosa rara encontrar ahora alguna de cien pies (13). Aquellas que se capturan en el presente, no tienen habitualmente más que cincuenta o sesenta (14).

Aún con esta mengua [en el número de las más grandes], no hay viviente alguno fuera de su clase que pueda, como se ha dicho, igualarlas en corpulencia.

48

(9) 167 y 101 mts., respectivamente.

(10) 251 mts.

(11) También la milla era una medida variable según los países (y épocas, incluso). Originada en la milla romana - mil pasos de 5 pies romanos cada uno-, tuvo valores como los siguientes: milla italiana, equivalente a 10.000 mts.; española, 5.555 mts.; francesa, 1.949 mts.

(12) 36 mts.

(13) 27,8 mts.

(14) 14 ó 16,7 mts.

El cuerpo de la ballena se acerca generalmente a la forma elíptica y se prolonga pronto como aquél de los peces. Su piel es negra o morena en la parte superior y blanquecina en la inferior, lisa y sin pelos o escamas, aceitosa, brillante, en ocasiones abigarrada de colores pálidos, de alrededor de una pulgada de grueso, compuesta de capas sucesivas que se confunden con el tejido celular. No es extraño verla cubierta de conchas o de otros vermes marinos que allí se pegan para succionar la grasa o el aceite que trasuda (15). Cuando el animal no se mueve, como sucede a menudo cuando duerme o reposa, parece, a causa de este atavío, un escollo puesto en el mar y engaña a los navegantes con poca práctica.

Su enorme cabeza hace, poco más o menos, el tercio de la longitud del cuerpo. Es inclinada hacia abajo, aguzada hacia el hocico, y hendida en dos grandes labios iguales aunque el inferior es un poco más largo, especialmente en el medio. Entre estos labios resalta una vastísima garganta, que sería capaz de engullir un hombre entero o cualquier otro animal de mayor mole, si la pródiga Naturaleza no la hubiese obstaculizado con numerosas barbas, o cerdas córneas, llamadas vulgarmente huesos de ballena, las cuales no le permiten alimentarse más que de pequeños animales marinos, con el fin de conservar las especies de los más grandes, las que con menos individuos cuentan.

Estas barbas extendidas sobre el paladar de la ballena están compuestas de láminas fibrosas de diversa longitud: las más pequeñas tienen de tres a cuatro pies de largo y las más grandes de quince a veinte (16), con un grosor de cerca de una pulgada, que va adelgazándose hacia el extremo, y en total suelen ser cerca de setecientas, y pesan más de dos mil libras (17). Nacen del fondo de la mandíbula superior, sobre la cual yacen oblicuamente, y cuando

(15) El término "vermes" servía, en la época de Molina, para designar, en general, a invertebrados no artrópodos. Los parásitos de los cetáceos, comúnmente, son pequeños crustáceos (por ej.: CORONULA DIADEMA; CONCHODERMA AURITUM; CYAMUS BOOPIS ("piojo de ballena"); etc.

(16) 83 cm. a 1.1 mts., y 4 a 5,5 mts.

(17) La libra designaba pesos diversos en los distintos países e incluso en las

la boca está cerrada encajan en un surco profundo que orilla el borde interno de la mandíbula inferior. Su color es, comúnmente, negro, y su materia se asemeja a aquella del cuerno, pero es bastante más flexible; se ablanda en el agua caliente sin deshacerse; los ácidos y los álcalis la destruyen, y el fuego la encrespa como a los cabellos y produce un olor semejante a aquel que emiten los cartílagos quemados (18). Las fibras de las que se componen están pegadas juntas, pero pueden hendirse y separarse fácilmente como lo vemos practicado en los trabajos de las artes que las utilizan.

La finalidad de estas barbas, en lo que nos parece, no es otra que suplir en la masticación a la falta de dientes de los cuales las verdaderas ballenas, como hemos señalado, carecen totalmente en ambas mandíbulas. Las barbas, al batir y rebatir trituran en poco tiempo los pequeños bichos que tragan de millares por bocado. Al mismo fin se ordenan, al parecer, otros huesecillos cuadrados más tiernos, de cuatro pulgadas de largo y del grosor de una pluma de escribir, que se encuentran en el fondo de la garganta. (19).

Bajo esta trama de cerdas, que por tales se deben reputar las barbas, asoma la lengua, de naturaleza gorda y blanda, y adherida en su mayor parte a la mandíbula inferior, por lo que, estando casi

diversas regiones de un mismo país. En la época de Molina, las había variadas en España, Inglaterra, Francia, Italia (la de Bolonia = 361,851 grms.), etc. La llamada "legal" en España, era la de Avila o Castilla, de 0, 460 kg. Si estimamos que Molina está usando medidas españolas (por haberlas aprendido en Chile), 2.000 libras son 920 kilogramos. (Todas las notas relacionadas con medidas se basan en los artículos correspondientes de la Enciclopedia Espasa - Calpe).

(18) Las barbas están formadas fundamentalmente por queratina, de allí que su constitución no difiere esencialmente de la composición del pelo, cuyo origen común - la piel, según se estima - compartiría.

(19) Dos parecen ser los modos de obtener alimento de las ballenas, dependiendo de la especie: a) reteniendo entre las barbas el alimento - plancton y otros animalillos marinos-, el que queda atrapado allí por la misma presión del agua al desplazarse el animal (en este caso, el agua no entra a la boca); luego, la lengua recolecta lo capturado. Esto, en las especies dotadas de barbas más largas. Y b) en aquellas ballenas de barbas más cortas, el animal se llena la boca de agua y al expulsarla - por presión de la lengua contra el paladar- las barbas retienen el alimento.

51 inmóvil, debe colaborar poco o nada con la deglución. Bien a menudo tiene unos dieciocho pies de longitud y de diez a once de circunferencia (20), y rinde bastantes barriles de grasa. Los marinos, faltando otros alimentos, a veces la comen, prefiriéndola al resto de la carne, que es más dura y desagradable. De la situación de semejante lengua y del estorbo de las barbas que acontece, es que la voz de la ballena, cuando se siente, lo que raras veces sucede, es una especie de gruñido vehemente y bastante ronco.

A los dos lados de la cabeza, cerca de los ángulos de las mandíbulas, se encuentran situados los ojos, poco proporcionados al volumen del cuerpo, porque apenas sobrepasan en tamaño aquellos del buey, a los cuales se parecen plenamente en la estructura y disposición de las membranas y de los humores. Están también provistos de párpados y de cejas adornadas a veces de escasos pelos, y parecen dotados de vista poco aguda. Tras los ojos se observan los agujeros o tubos de los oídos desprovistos de cuenca exterior [pabellón] y provistos en lo profundo por todos los huesos que forman internamente el oído humano, por lo que su audición es delicada, y suple asaz bien la poca fuerza de la vista.

52 Hacia la cima de la cabeza dos grandes agujeros, situados de a uno por banda, cumplen la función de las narices y penetrando hasta la garganta y la tráquea, transmiten a los pulmones el aire que reciben de afuera. Por estos mismos orificios el animal echa afuera con gran violencia el agua salada que se introduce en la boca mientras traga su presa o sube a la superficie. Esta agua se impregna, en su paso por la garganta, de un hálito maloliente (21), que se hace sentir de lejos, y elevándose a una gran altura, al modo de los chorros de las fuentes artificiales, indica a los pescadores el sitio donde se encuentra el animal, o sea el bufador, que así llaman en el mar a los cetáceos dotados de esta propiedad, y van directamente a atacarlo. De estos dos agujeros verticales no están

(20) 5 y de 2,7 a 3 mts., respectivamente.

(21) La fetidez del hálito se atribuye a la expulsión de sales orgánicas volatilizadas, de urea y ácido úrico.

provistos más que las verdaderas ballenas, y por tal prerrogativa se distinguen fácilmente de los cachalotes, de los narvales y de los delfines, los cuales, aunque similares en la figura exterior, tienen uno solamente (22).

Los cetáceos, hablando en general, están desprovistos absolutamente de cuello. Su cuerpo se va adelgazando imperceptiblemente de la cabeza hasta la cola. Algunas de sus especies llevan aletas sobre el dorso y bajo el pecho. La ballena franca no está provista más que de aquellas pectorales además de la caudal. Estas aletas, que son bastantes largas, ancha, ovaladas y resvetidas por una carne fibrosa, cumplen la función de los brazos de los animales terrestres, y tienen todos los huesos que se encuentran en los brazos del hombre, como el omóplato, el húmero, el cúbito, el radio, los componentes carpo y metacarpo, y los cinco dedos con sus partes (23), que permanecen invisibles antes de quitar los tegumentos. La cola, de más de veinte pies de largo (24), y en su grosor proporcionada al volumen del cuerpo, termina en dos grandes lóbulos irregulares y horizontales, en la raíz de los cuales no se encuentran más que los rudimentos de los huesos de la pelvis. Sostenida por estas únicas extremidades natatorias la ballena recorre con extrema velocidad, pese al enorme peso de su cuerpo, el vasto océano, y se solaza en medio de las más terribles borrascas; la abundante grasa, de la cual está provista interiormente, aligera su vasto volumen, que restringe a voluntad cuando quiere sumergirse y alarga en cuanto vuelve a la superficie del agua (25).

La estructura interna de una bestia tan diferente en lo exterior, es del todo similar a aquella de los cuadrúpedos terrestres. Allí se encuentran, bien que en proporción más que

(22) Los odontocetos tienen un sólo orificio de salida para los conductos nasales, que son, sin embargo, dos.

(23) Algunos de los dedos tienen un número mayor de falanges que aquellos de los mamíferos terrestres.

(24) 5,5 mts.

(25) No hay tal restricción y alargamiento; tal vez sea una impresión provocada por la agilidad de estos animales al zambullirse, curvando notoriamente su lomo.

décupla, del mismo modo que las aletas, todas las partes sólidas que se observan en aquéllos, excepto los huesos de la extremidad inferior, de los cuales, como se ha dicho, apenas se ven algunos vestigios. Tuve la oportunidad de observar el esqueleto de una gran ballena cazada en las costas de Chile, en donde, de cuando en cuando, el mar, agitado por furiosos vientos del Sud-Oeste suele lanzar alguna, y habiendo medido una de las costillas, la encontré de seis pies de largo (26) y de cerca de trece pulgadas de ancho; las vértebras eran tan voluminosas, que campesinos, después de haberlas limpiado bien, se servían de ellas para sentarse en vez de sillas. De donde estimé el grosor del animal, al cual pertenecían aquellos huesos, tomándolo en el comienzo del espinazo como igual, poco más o menos, a la mitad de su largo total, que quizá debía ser de cerca de ochenta pies (27).

La misma conformidad que se observa entre los cetáceos y los cuadrúpedos terrestres en la osamenta, se encuentra también en la construcción, número y cualidad de sus víceras y humores. Su corazón tiene dos ventrículos con dos aurículas y su sangre roja y caliente se lleva con circulación perenne de los pulmones a las otras partes del cuerpo y allí retorna por medio de las venas. El estómago de las ballenas verdaderas está dividido en cinco sacos o concavidades (28), por lo que ellas, por este motivo y por los ligeros alimentos de los cuales se nutren, se asemejan a cuadrúpedos rumiantes; pero como, por otra parte, estos alimentos pertenecen al Reino Animal, ellas participan de la naturaleza de las bestias carnívoras, por lo que no pueden llamarse ni verdaderos rumiantes ni verdaderos carnívoros, como tampoco pueden

(26) 1, 6 mts.

(27) Cuarenta pies de grosor, entonces. 22 y 11 mts., respectivamente.

(28) En realidad, pueden distinguirse cuatro sacos, de los cuales dos son propiamente estómagos (en el sentido de que actúan en ellos jugos gástricos); hay un primer saco que es un ensanchamiento del esófago, en el que suelen encontrarse piedrecillas que se supone contribuyen a la molienda del alimento; un segundo, que es el estómago fúndico; un tercero, estómago pilórico, y un cuarto saco que es un ensanchamiento del duodeno (ampolla duodenal), adonde llega las bilis y secreciones pancreáticas.

llamarse verdaderos anfibios, porque respirando únicamente por los pulmones, no pueden estar bajo el agua más que pocos minutos (29), y por eso es que su naturaleza permanece y permanecerá siempre indeterminada. Además de la gordura que se encuentra diseminada en sus músculos y vísceras, ellas están cubiertas entre la piel y la carne por más de un pie de grasa, que las defiende de la mucha humedad del elemento en el que habitan, y del frío agudo de las zonas glaciales, a donde suelen retirarse. Su cerebro, en relación con la cabeza, es pequeñísimo, y la cavidad del cráneo, que es bastante grande, está rellena de una materia oleosa que se solidifica con el aire, llamada impropriamente esperma de ballena (espermaceti), la cual es más abundante y más espesa en los cachalotes (30).

56

Aun cuando las ballenas sean animales sociables, y se presenten en manadas numerosas cerca de las costas, sin embargo se reputan monógamas más bien que polígamas: al menos, no se ha dado jamás el ejemplo de haberlas visto acoplarse promiscuamente. Los machos se ven siempre acompañados de sus hembras, las cuales se distinguen aún de lejos por su corpulencia. Los primeros están provistos de todos los órganos genitales que se encuentran en los machos de los cuadrúpedos terrestres. Las hembras tienen, semejantemente, todas las partes distintivas del propio sexo, con sólo dos mamas de más de un pie de largo y hundidas, cuando no amamantan, en surcos de la piel que circunda la vagina. Los marinos dicen que su leche es dulce y nutritiva, pero no sé cómo puedan haberla probado, porque cuando las madres están vivas es imposible acercárseles a ordeñarlas, y después de la muerte no se encuentra más de esta leche en sus mamas, y si hay algún residuo está totalmente corrompido y fétido.

57

Algunos, quizá inducidos más bien por la observación de la vasta mole de estos animales, que por la propia experiencia, han

(29) Gracias a un sistema circulatorio bastante complejo, pueden estar sumergidas un tiempo considerable.

(30) El espermaceti, sustancia oleosa que se supone cumple alguna función en la inmersión profunda, se encuentra sólo en los cachalotes. Su nombre viene de los primeros balleneros que supusieron era un reservorio de esperma (semen).

escrito que la gravidez de las hembras se prolonga hasta el término de dos años, lo que también se había dicho falsamente de aquélla de las elefantas, pero el hecho es que ni estás ni aquéllas retienen en sus vientres los fetos más de diez meses, lapso perentorio que para el cumplimiento de esta pesada función parece prescrito por la Naturaleza a todos los vivientes de corpulencia igual o superior a aquéllas del hombre. Esto, viene confirmado por la aserción unánime de los habitantes de las costas del océano boreal y austral, los cuales dicen que las ballenas en este hemisferio septentrional se encelan hacia fines de junio y paren al año siguiente en el mes de abril, y en el otro hemisferio, esto es, en el austral, su acoplamiento sucede en el mes de diciembre, y el parto en el de octubre, meses que por la temperatura corresponden, en las regiones antárticas, a los arriba mencionados.

Cuando las hembras están próximas a parir, buscan los senos de las costas abandonadas, o de las islas desiertas para dejar sin temor su feto, el cual raramente es más de uno, y en su nacimiento tiene comúnmente de quince a veinte pies de longitud(30 bis). Apenas nacido, la madre le presenta las mamas, volteándose sobre su costado, para que pueda succionar la leche cómodamente. La lactancia dura cerca de un año, y en este tiempo el pequeño llega a estar tan gordo, que los pescadores lo persiguen con preferencia [antes que] a la madre, la que entonces adelgaza notablemente, bien seguros de obtener al menos cincuenta barriles de grasa, pero ellos sólo con gran fatiga y peligro llegan a capturarlo, porque las madres, pacíficas en cualquier otra ocasión, se vuelven furibundas en aquel trance, al punto que, lanzándose contra el agresor, hacen saltar en pedazos la barca, y muy a menudo los matan a ellos mismos con repetidos golpes de la cola. Los pequeños no abandonan a sus padres, sino en la época en la que principian a buscar hembras, la cual no está bien determinada porque es incierta la duración de su vida. Su piel, de morena que era en los primeros años, comienza entonces a volverse negra, y a perder el blanco plateado con el cual va adornada bajo el vientre. El viajero

inglés Ellis (31) asegura haber vistos individuos de este género totalmente blancos en los golfos que circundan la gran península de Groenlandia; pero este cambio de color es un accidente, que se observa a menudo entre los animales que moran en las rigurosas regiones del Septentrión originado por el excesivo frío que allí se sufre (32).

Las ballenas madres, después de que se han desligado de los cuidados de nutrir y criar los hijos, adquieren nuevamente [y] en breve tiempo la gordura acostumbrada, y vuelven a ser molestada por los pescadores, los cuales por la poca utilidad que obtienen durante el amamantamiento, suelen en aquel período perdonarlas. Ya hemos dicho que estos desmesurados animales no se sustentan en general, más que de pequeños vivientes acuáticos. De hecho, náyades, anfitrites, dóridos, cangrejos, y los pececillos recién nacidos, con otros insectos y vermes de igual volumen, son su comida diaria (33), la cual podría parecer del todo insuficiente para alimentar cuerpos tan grandes, si por otra parte no se supiese que, hormigucando por doquier las aguas del mar de tales bestezuelas, ellas [las ballenas] tragan a cada instante un número increíble o, mejor dicho, cuantas pueden ser absorbidas por el enorme abismo de su boca. Los excrementos resultantes de tan liviana pastura son comúnmente sólidos, de color anaranjado, y no transmiten mal olor alguno. Los tintoreros se sirven de ellos para dar a la tela un bello color rojo durable. Los Araucanos, pueblo libre de Chile, siguiendo una antigua tradición, dicen que estos excrementos expurgados por el sol pasan a ser ámbar gris, materia muy estimada por los perfumistas por su olor, por lo que la llaman en su lengua **mejene**, es decir, estiércol de ballena (34). En el

60

61

(31) Debe ser Henry Ellis (1721 - 1806), quien navegó explorando las regiones árticas.

(32) La descripción es, probablemente, de una ballena blanca (DELPHINAPTERUS GLAUCAS), odontoceto.

(33) En general las ballenas verdaderas se alimentan de plancton, Krill (presente en aquél) y pequeños peces: arenques, sardinas, aun cuando también se ha encontrado en sus estómagos peces mayores.

(34) Me-yene: "me", por excremento, y "yene", voz arcaica por "ballena". Pasó a

presente, esta opinión es aceptada por casi todos los naturalistas, los cuales creen que tal sustancia provenga no sólo de las ballenas verdaderas, sino en mayor cantidad de los cachalotes macrocéfalos, que son de la misma familia, en los intestinos de los cuales se encuentra a menudo ya formada. Hay quien la considera un betún subacuático engullido por aquellas bestias, quien un picadillo de jibias, de las que los mismos se alimentan de vez en cuando. Nosotros no entramos aquí en esta disputa, que tal vez no será jamás dilucidada (35).

Entre las extrañas paradojas que el célebre Conde de Buffon ha divulgado en sus famosas **Epoques de la Naturaleza** (36), una de las más insostenibles, es aquella que hace de negar a las aguas del océano antártico, a pesar de las aserciones de todos los navegantes que las han atravesado, la habilidad de albergar en su seno ballenas y otros grandes cetáceos, otorgándola solamente como propiedad exclusiva a los mares septentrionales. Pero, para no mencionar a los otros europeos que desde el siglo decimoséptimo han doblado los Cabos de Hornos y Buena Esperanza y allí alrededor han encontrado estos animales, últimamente los iluminados viajeros Wallis, Bougainville, Pernetty, Duclos, Commerçon, la Chalotais (37),

designar, efectivamente, ámbar gris. (En esta nota soy deudor del profesor Adalberto Salas, del Departamento de Español de la Universidad de Concepción cuya colaboración agradezco).

(35) El ámbar gris, presente en los cachalotes - y que se elimina por vómitos - se cree es el residuo de mandíbulas de calamares no digeridas, por ser éstas de sustancia córnea.

(36) George Louis Leclerc, comte de Buffon (1707 - 1788), naturalista francés, expone en sus *Epoques de la Nature* (1780) ideas evolucionistas que contradecían el creacionismo entendido literalmente de acuerdo a la Biblia. Objeciones hechas por la Facultad de Teología de París lo llevaron a retractarse.

(37) Samuel Wallis (1728 - 1795), circunnavegó el globo, descubriendo Tahiti, las islas que llevan su nombre (Islas Wallis), algunas de las Tuamotu y otras de las Islas de la Sociedad.

Louis Antonie de Bougainville (1729 - 1811), comandante de la expedición de circunnavegación francesa (1766 - 1769), descubre algunas islas de las Nuevas Hébridas, toca las Salomón, recibiendo la mayor del grupo su nombre.

Antoine Joseph Pernetty (1716 - 1801), benedictino francés, acompañó como

que han estado en aquellos mares, hacen de ellos expresa mención; y particularmente el renombrado capitán Cook (38), secundado por los doctos naturalistas que lo acompañaron, habla del gran número y prodigioso grosor de las ballenas que se encuentran entre la isla del Fuego y aquella de los Estados, situadas en el extremo de la América Meridional.

Estos cetáceos no se limitan a aquellos únicos paralelos: ellos extienden sus correrías hasta las costa de Brasil y de Guinea, por este lado, y aquellas de Chile y del Perú por el otro. El desafortunado La Pérouse (39) fue rodeado toda una noche, en 1786, al salir del puerto de Concepción, por una gran cantidad de ballenas que lanzaban, como él dice, torrentes de agua sobre su fragata. Yo conté por aproximación, una manada de cerca de cuatrocientas alrededor de la desembocadura en el mar del, abundante en peces, lago Bucalemu en las costas chilenas. El docto astrónomo y botánico Feuillée (40) fue acompañado por dos de estos animales en su trayecto de Chile al Perú. Lo mismo me

capellán a Bougainville a las Malvinas. Escribió respecto del Sur.

Philibert Commerçon (1727 - 1773), formó parte de la expedición de Bougainville.

(38) James Cook (1728 - 1779), marino inglés. En 1769 es enviado por la Royal Society a Tahiti, en una expedición científica, para registrar el paso de Venus por el Sol. Haría dos viajes más al Pacífico (1772 - 1775; 1776 - 1779), muriendo, en el último a manos de hawaianos. Descubre islas en los grupos de las Tuamotu, Cook (así llamadas en su honor), Marquesas, Fidji, Nueva Caledonia, Nuevas Hébrida. Sus viajes impulsarían la colonización inglesa de Australia y Nueva Zelanda.

(39) Jean François de Galaup, comte de La Pérouse (1741 - c. 1788); navegante francés; exploró vastas regiones del Pacífico, desde la Isla de Pascua a Hawai, costas de China, Filipinas, islas del Japón, etc., en una expedición que comenzó en 1785. Envió a Francia sus mapas y diario de navegación desde Petropavlovsk (Kamchatka, Siberia), antes de zarpar nuevamente a los mares del Sur, en donde desaparecería.

(40) Louis Feuillée (1660 - 1732), religioso francés de la Orden de los Mínimos; astrónomo, botánico, tomó parte en varias expediciones. Entre 1706 y 1711, exploró las costas de Chile y Perú. Escribió varias obras. (es una de las fuentes principales de Molina; cf.: Gunkel L., Hugo, Las obras del Abate D. Juan Ignacio Molina, Revista Chilena de Historia Natural, 1929, p. 436; Santa Cruz, Alcibíades, El Panke Tinctorea, N. Gen. del abate Don Ignacio Molina, Revista Chilena de Historia Natural, 1940, p. 12).

sucedió a mí navegando en las mismas aguas con otros dos de la especie llamada Boops por Linneo. Parecía que aquellas bestias encontrasen deleite en pasar, repasar y en refregarse bajo la quilla del barco, agitándolo de modo tal que parecería estar sacudido por un terremoto; pero de vez en cuando nos inficionaban con el insufrible hedor que, como se ha dicho, transmiten junto con el agua por los dos agujeros de la cabeza. Las ballenas australes no son, por cierto, inferiores en tamaño a aquellas que frecuentan los mares septentrionales: se han visto algunas arrojadas por las olas a las playas del archipiélago de Chiloé, que tenían más de cien pies de largo (41). Siguiendo después los indicios que me han dado los pescadores de los mares del Sur, no tengo dificultad para creer que allí se encuentran todas las especies de cetáceos que se ven en aquellos del Norte. Los cachalotes y los delfines, por lo menos, son allí muy comunes; parece que los narvales, por el contrario, son bastantes escasos.

Aunque la ballena tenga un carácter contrario al de molestar a los otros habitantes del mar, aparte de los moluscos de los cuales se sustenta, tiene sin embargo un gran número de enemigos, que con increíble furor la atacan dondequiera que pueden descubrirla. Entre estos se distinguen por su audacia los dos grandes escualos conocidos vulgarmente con los nombres de pez perro y pez sierra, a la vista de los cuales la ballena huye con toda la celeridad posible, siendo, empero, alcanzada pronto, por ser aquéllos de movimiento mucho más rápido, y se encuentra finalmente obligada a hacerles frente y a defenderse. Es un espectáculo horrible y al mismo tiempo deleitoso, para aquellas personas que están en la ribera o en las naves, observar el furioso encuentro de estos encarnizados combatientes. Los escualos, reforzados por otros muchos que progresivamente acuden allí para participar de la presa, circundan a la ballena en todo el derredor, y abalanzándose ora al flanco, ora a la cabeza o sobre el dorso, le hacen horribles desgarros con sus triples hileras de dientes de las cuales va armada su boca. La sangre chorrea de todas partes y reaviva el furor de los

(41) 27,8 mts.

combatientes; las olas se cubren de espuma por su continua agitación, y golpeadas por terribles impactos de las aletas y de la cola de la ballena imitan el estruendo de los cañonazos y del trueno. Esta [la ballena] bufa horrendamente, se vuelve y revuelve sobre los asaltantes, y finalmente, debilitada por los violentos esfuerzos que hace para liberarse de sus repetidos mordiscos, y por la continua pérdida de sangre, se zambulle en el mar, pero, perseguida por sus implacables adversarios y empujada por la necesidad de respirar, regresa fuera a exponerse a nuevos asaltos, hasta que, o sucumbe finalmente oprimida por el gran número de contrarios o, cuando éstos son pocos y logra librarse con la matanza de algunos de ellos, abandona el campo de batalla, y desaparece lo más rápido que puede de su vista.

Con rabia no menor, la inocente e inerme ballena es persiguida a muerte por dos monstruos de su misma familia, vale decir por el cachalote (42), o fisitero micrope, y por el gran delfín orca, conocido todavía entre los marinos con el nombre de grampusa. Este último, especialmente, la ataca por doquier, y armado como está con fortísimos dientes y de un estoque o aguijón muy punzante, de seis pies de largo, que lleva en el lomo, los aprovecha para descuartizar y perforar el vientre (43); y como si estos potentes enemigos no bastasen para abatir la dignidad del Rey de los animales acuáticos, se añaden a ellos los pájaros marinos, los que en numerosas bandadas se le tiran encima y con espantosos chillidos le arrancan a pedazos la grasa que reviste su carne (44). Muchos insectos, y aún vermes, llamados piojos por los pescadores, lo atormentan de continuo, introduciéndose bajo su

65

66

(42) El cachalote no ataca a la ballena.

(43) La orca, que sí ataca a las ballenas, no tiene ningún estoque: es posible que su gran aleta dorsal haya sido considerada como tal por Molina (o así aparezca en las fuentes en que se inspira), o que exista una confusión con el narval, que tiene tal "estoque" como resultado del enorme desarrollo de uno de sus dientes que se proyecta notablemente hacia adelante, pero que no es un depredador de ballenas.

(44) Difícil en una ballena viva. Es posible que exista confusión con aves que capturen algunos de los parásitos que hospedan las ballenas sobre su piel.

piel y succionándole la sangre (45).

Pero el más formidable enemigo que estos enormes colosos animados tengan, es el hombre, el cual, aunque con respecto al cuerpo sea sumamente inferior a ellos, sin embargo, y secundado por su inteligencia, destruye más de ellos en un año de lo que llegan a hacer sus otros adversarios en muchos siglos. Ni los griegos, ni los romanos, ni algún otro de los antiguos pueblos asiáticos o africanos se arriesgaron jamás, que yo sepa, a atacar las ballenas en sus mares. No me es conocido autor antiguo alguno que dé algún indicio de esta caza, excepto el poeta Oppiano, contemporáneo de los Antoninos (46), el cual en el libro quinto de sus **Alieutici** o "discurso sobre los peces", dice que los pescadores del Océano Atlántico colgaban balones repletos de aire al cuerpo de las ballenas, para retenerlas a flote y matarlas fácilmente. Puesto que esta ingeniosa industria se encuentra todavía en uso entre los solitarios habitantes de Groenlandia, país situado en América Septentrional a la vera del sobredicho Océano Atlántico, así conjeturo que Oppiano en sus versos aluda a esos salvajes, los cuales ciertamente merecían ser nombrados, por ser verosíblemente los primeros en haber tenido el coraje de enfrentar las ballenas, y de aprovecharse de las diferencias específicas, que se encuentran entre los peces de cuerpos diversos, mucho antes del descubrimiento de los teoremas de la Hidroestática, para triunfar en su intento. Parece que un cierto genio particular mueve a los pueblos que habitan en las costas de los Estados Unidos de América, a ocuparse de la caza de los cetáceos. Los más audaces de los Groenlandeses, armados solamente con un martillo y dos cuñas de madera, saltan a horcajadas sobre la ballena, y clavándole

(45) Ciertos crustáceos parásitos viven parcialmente introducidos bajo la piel de la ballena, con el resto del cuerpo afuera, nutriéndose de los líquidos vitales del animal. Insectos, no.

(46) El período de los Antoninos, que representa el apogeo del Imperio Romano en el siglo II, va desde los años 96 al 193, desde Nerva a Cómodo. Recibe su nombre de Antonino Pío, emperador entre 138 - 161. Oppiano (u Opiannos), poeta griego nacido en Korghos (Cilicia), vive en el Siglo II; imprecisas las fechas de su nacimiento y muerte.

rápido con el martillo una de las cuñas en el orificio izquierdo de la cabeza se zambullen junto con ella, sin despegarse de su lomo dentro del mar, y una vez que ella ha vuelto afuera, lo que hace rápido para retomar aire, le clavan la segunda cuña en el orificio, por lo que ella, faltándole del todo los medios para respirar, permanece sofocada y fácil presa del audaz cazador (47).

Los europeos se resolvieron tarde a aprovechar de esta importante rama del comercio. Solamente hacia fines del siglo undécimo comenzaron a dedicarse a ello los habitantes de las ciudades de Bilbao, en España, y de Bayona, en Francia. Las ballenas, aún no atemorizadas por la persecución de los pescadores, iban a menudo a las playas de sus puertos. La frecuente aparición de las mismas les sugirió la idea de matarlas para obtener de ellas el aceite, que poseen en abundancia. La llamativa ganancia que desde los primeros años hicieron con la venta de un producto tan buscado por las artes los alentó de tal modo, que, para tener más cantidad del mismo, se atrevieron a ir a buscar a los animales que lo suministran hasta los mares del Norte, donde ellos se encontraban en mayor abundancia. Los Holandeses, siempre atentos a aprovecharse de todo, entraron en seguida en competencia por aquella pesca, y con la multitud de naves que allí mandaron, obligaron a los primeros inventores a ceder el lugar. Después, los Ingleses, los Franceses, los Daneses y los Hamburgueses pronto quisieron también tener parte en una especulación tan lucrativa, y por eso nacieron guerras sangrientas las que no se sosegaron hasta después del acuerdo, que estipularon entre sí aquellas naciones, de limitarse en sus cacerías a ciertos espacios de mar, los que no han sido respetados (48).

Los barcos destinados en Europa a esta pesca parten hacia los mares del Norte en el mes de Marzo. Comúnmente ellos tienen

(47) Es muy improbable que tal práctica haya tenido lugar. Es de suponer que tal relato se encuentra en alguna de las fuentes que consulta Molina.

(48) Parece ser que ya en el siglo IX los noruegos cazaban ballenas. En 1615, Dinamarca exigió tributo a los ingleses que cazaban en las vecindades de Spitzberg, por considerarlo territorio groenlandés. Se llegó, finalmente, a un acuerdo de partición de zonas.

poco más de cien pies de (48 bis) largo, y llevan como cincuenta hombres de tripulación, con los víveres y los instrumentos necesarios para su fin, los cuales consisten principalmente en pequeños esquifes para aproximarse a las ballenas; en arpones dentados de buen acero para traspasarlas; en gruesas y largas cuerdas de cáñamo anudadas a los arpones y al bote, para detenerlas y tirarlas hacia la nave; en buenas lanzas y hachas para matarlas, y despedazarlas, y en muchos barriles para transportar la grasa a los puertos, en donde en una gran caldera se transforma en aceite. Algunas de estas naves pesqueras, para evitar el peligro, al encuentro del cual se va al exponerse muy de cerca a los golpes de la cola de aquellas bestias, comienzan a llevar consigo un pequeño cañón, dentro del cual se ajusta, sobre media libra de pólvora, el mango del arpón, y se dispara a la distancia de diez a doce pasos con mayor efecto del que puede obtener un hombre con el sólo esfuerzo de sus brazos (49).

Se cuentan en más de trescientos los barcos que empleaban los europeos en esta pesca. Solamente los holandeses solían enviar alrededor de ciento cincuenta. Las ballenas atrapadas por todas estas naves de un año para otro, ascendían al número de casi dos mil. Ahora, no calculando más que desde el principio del siglo pasado en el que tal pesca llegó a su mayor auge, se encontrará que como doscientas mil ballenas han sido muertas desde aquella época hasta el presente, de este lado del Ecuador. El beneficio que actualmente se obtenía de la venta del aceite del espermaceti, y de las así llamadas barbas, o bien huesos de ballenas, provenientes de esta caza, era grandísimo. Antes de las revoluciones que en nuestros días han agitado a Europa y América, subía a más de dos millones de escudos cada año. Después de aquel tiempo ha disminuido mucho tal producto., tanto por las consecuencias de la guerra, como por la disminución progresiva en estos mares de los animales que lo suministran, los cuales, después de tantos estragos,

(48 bis) 27,8 mts.

(49) El cañón lanza- arpones fue inventado por el noruego Svend Foyn en 1865 (o 1867).

van menguando, de donde se necesitará, como ya se comienza a hacer, que los pescadores, con mayores gastos y penurias, se dirijan al otro hemisferio, si quieren continuar su comercio con algunas utilidades.

Las ballenas australes, exentas hasta el fin del presente siglo de los ataques de los cazadores, son inquietadas, en el presente, en sus remotos albergues por los intrépidos habitantes de los Estados Unidos de América Septentrional. Estos republicanos, que antes de haber recobrado la independendencia se extendían en su pesca poco más allá de sus propias costas, ahora, empujados por el entusiasmo que suele inspirar el enérgico estímulo de la renaciente libertad, no se contentan con recorrer con sus navíos pesqueros la vastedad del Océano Atlántico, sino que, doblando el tempestuoso Cabo de Hornos, se internan audazmente en el Mar del Sur, hasta los confines de los hielos antárticos. No lejos de la playa donde está situada la ciudad de Boston, capital de Massachussets, hay una pequeña isla, llamada Nantuket, yerma por naturaleza, pero rica y florida por el genio emprendedor de sus habitantes, entre los cuales se forman, especialmente, los más bravos marinos de aquella república, y quizás de todo el mundo, como lo han mostrado en las enormes expediciones contra los corsarios del Africa. La educación de sus hijos dirigida a este fin está regulada de modo tal que hasta la edad de doce años ellos aprenden a leer, escribir y contar, y después, por espacio de dos años, se ejercitan en las artes del carpintero y del tonelero, oficios que se creen indispensables para el género de vida que deben enseguida abrazar. Llegados a la edad de catorce años se envían al mar en barcos destinados a la pesca de las ballenas, en donde ellos aprenden de sus compañeros las reglas de la navegación, el arte de gobernar un bajel en las diversas situaciones en las cuales a causa de los vientos puede hallarse, y los medios para vencer todos los obstáculos provenientes de la oposición de los mismos. Entonces pasan gradualmente a los oficios de remeros, arponeros, pilotos y de comandantes de las naves pesqueras.

Estas naves, con la mitad del tamaño de aquéllas que para el mismo efecto se utilizan en los mares del Norte, no llevan más que trece hombres, de los cuales cinco, generalmente, son salvajes

llevados por su bravura en tal género de caza. Cada nave está dotada de dos barquitas en las que suben, en el momento del asalto, cuatro remeros, un piloto y un arponero en cada una. Se estima necesario que estas dos barquitas sean armadas al mismo tiempo, a fin de que, si una es destruida en la pelea, la otra pueda salvar los hombres de la primera. No se embarcan jamás en estas 74 después de este período el hombre pierde aquel vigor y aquella agilidad que requiere una empresa tan arriesgada. Cuando se llega bajo las latitudes convenientes, uno de la tripulación sube al palo mayor de la nave, y apenas vista una ballena grita en su lenguaje **avvaite Pavvana**, esto es, "veo una ballena". Todos los otros permanecen entretanto inmóviles y en silencio, hasta que el centinela no haya repetido **Pavvana** (50), es decir, "ballena", y entonces, en menos de seis minutos las dos barquitas se lanzan al agua con todos los instrumentos apropiados, los cuales no difieren de aquellos que se utilizan para el mismo objeto en los Mares del Norte, y se dirigen audazmente contra la ballena en el más profundo silencio posible, dejando la conducción de este momento tan importante al arponero de la primera barca, del cual reciben las órdenes. Cuando él se encuentra a la distancia de cerca de quince pies de la víctima, hace una señal a la otra barca de detenerse y, reuniendo toda la energía, la fuerza y la astucia de que es capaz, se abalanza contra ella y le da el gope fatal, que raramente falla. Pero no ha terminado aquí la tarea, porque o la 75 ballena golpeada se revuelve furiosamente contra el agresor, o huyendo con indecible rapidez, arrastra consigo a los hombres y la barquita, la cual a menudo se incendia por la fricción de la cuerda que está allí amarrada. En ambos casos, el cazador experto tiene necesidad de toda su presencia de espíritu para esquivar la muerte.

(50) "Avvaite". seguramente transcripción de "await" (to await = aguardar, esperar), de donde sale también nuestro criollo "agüaitar". De acuerdo al mismo relato, la idea es "iballena esperen!", o "iatentos, ballena!", antes que "veo una ballena" como indica Molina. Nuestro uso del "agüaitar" sí tiene, en ocasiones, el sentido de "ver". Es posible que "pavvana" sea transcripción de algún vocablo nativo.

Durante el combate, la nave permanece confiada a la custodia del único hombre de la tripulación que no toma parte en el asunto.

Terminado el tiempo de la caza, los barcos regresan a su isla cargados con los despojos obtenidos, cuyo producto se divide amigablemente, y sin excepción alguna entre aquellos que han cooperado, los que lo venden después en el continente, o en las islas del Golfo Mejicano, y reciben a cambio todo aquello que es necesario para la cómoda subsistencia de sus familias y para el adelanto de su comercio, que de año en año se va acrecentando notablemente. En 1769, los armadores, o sea los grandes comerciantes de Nantucket, enviaron para la pesca de la ballena ciento veinticinco naves, las cuales les reportaron al regreso 76
vientisiete mil barriles de aceite. Al año siguiente, salieron doscientos cinco bajeles con dos mil ciento cincuenta y nueve marinos, destinados parte a la sobredicha pesca, y parte a transportarles madera y los víveres necesarios para aquella numerosa población. No he podido averiguar de sus sucesivos progresos, los cuales, sin duda, después de la adquisición de la libertad deben haber sido más que triplicados. Así, aquella pequeña isla, que apenas contiene veintitrés millas(51) de terreno mayormente arenoso, ha llegado a ser ejemplo de cuanto puede hacer la industria sostenida por una buena educación.

(51) 12.776,5 mts.. si son millas españolas.